No vengas con nosotros si no sabes guardar un secreto

Carlos Egia

No vengas con nosotros

~~SI NO SABES GUARDAR UN SECRETO~~

Carlos Egia

avant
editorial
www.avanteditorial.com

Primera edición, octubre de 2026
© Carlos Egia Ossorio, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 9791388449123
Thema: FYD -FBA -FJXD - FJD - FYX
DEPÓSITO LEGAL: M-21033-2026

PRIMERA PARTE

1.

La nieve

Comenzó a nevar nada más llegué al pueblo. Estaba agotado, pero no lo supe hasta bajar del coche. Miré el reloj: tres horas exactas. Le había pisado con ganas. Se me metió en la cabeza llegar mientras todavía fuera de día, pero para eso me sobraba tiempo. En realidad, buscaba ser el primero. Sentía el cuello rígido y me dolían las manos de tanto apretar el volante. Traté de estirarme y miré al cielo. Caían copos desordenados y vacilantes que me buscaban la espalda antes de besar el suelo y desaparecer sin dejar rastro, como si nunca hubieran existido. Una curiosa bienvenida. Trocitos de hielo que se desprendían de un limpio cielo a finales de marzo, cuando ya nadie los esperaba.

No encontré ningún otro coche más aparcado delante de la iglesia. La puerta, sin embargo, estaba abierta. Supongo que tampoco había necesidad de mantenerla cerrada. Probablemente hacía más frío dentro que fuera, lo cual solo era de agradecer en verano. Me asomé con cautela, como hacía siempre antes de entrar. Las luces estaban encendidas, pero su brillo era tan pobre que todo seguía prácticamente a oscuras. No recordaba que fuera tan pequeña o, si lo recordaba, daba exactamente igual. Su diminuto tamaño me seguía sorprendiendo cuando volvía a visitarla tras un tiempo de ausencia que se hacía, cada vez, un poco más largo que el anterior. El modesto retablo de madera y unas pocas filas de bancos que menguaban con los años. Los niños se sentaban delante, las

mujeres detrás y los hombres arriba, en el coro. Sabías que ya no eras un chiquillo cuando te permitían subir y quedarte con ellos. De todas formas, no era aquella la mejor idea que se te podía ocurrir. Siempre se estuvo mejor abajo, frente al altar, con los tuyos. Arriba solo se juntaban viejos aburridos que mataban el tiempo haciéndote la misa imposible.

—A ti nunca te gustó entrar en la iglesia.

Paula me besó. Sus mejillas estaban encendidas y sus manos también.

—Hay ocasiones en las que no queda más remedio. —Volví a coger sus manos sin pensar en ello. Paula aceptó y dejó también que la abrazara.

—Como cuando tu abuela te acompañaba hasta el pórtico para asegurarse de que no te perdías por el camino.

—Siento mucho lo de tu padre.

—El Viejo ha muerto. —Paula se apartó y me miró directamente a los ojos—. Era el último, aquí solo quedo yo.

—¿Cómo te encuentras?

—Aliviada, supongo.

Paula me invitó a entrar en la iglesia vacía. A pesar de todo, era evidente que estábamos mejor dentro. Entonces se quitó el gorro de lana y se tapó la cara como una niña avergonzada. Se había cortado el pelo. No al cero, pero poco más que eso. Nunca la vi de tal manera, ni cuando éramos unos críos. Tan solo se dejó una pequeña cresta que terminaba al cero sobre la nuca. El pelo corto la hacía parecer más joven. Su cara, tensa y brillante, sin una sola arruga, resplandecía esperando mi veredicto. Se sentía recompensada por su atrevimiento; secretamente feliz y también orgullosa.

—¿Qué te parece?

—Estás increíble —respondí—. Espectacular.

—A quién se le ocurre, ¿verdad? Me corté el pelo en pleno invierno, aquí, en la montaña. Tenía ganas de hacerlo desde hacía tiempo y... para qué te voy a mentir, quería ver la expresión de tu cara. Es importante para mí, creo que lo sabes.

Paula sacó una caja de cerillas del bolsillo de su anorak y la agitó haciendo ruido. Nos pegábamos por encender los cirios del altar. A ella le temblaban las manos. Estaba nerviosa. Quería ocultarlo a fuerza de sonreír, pero, al final, le quité las cerillas y terminé yo con las velas. Paula se sentó en el primer banco, cerca del pasillo. Yo me coloqué a su lado y la cogí de la mano.

—¿Cómo ha sido todo?

—Quiso terminar en casa. Lo saqué del hospital hará un par de semanas. Me costó convencer a los médicos. A veces, parece que son ellos los que van a morir. O quizás esperaban un milagro. Después de haber estudiado tanto, no deja de tener su gracia. Él no quiso que avisara a nadie. Supongo que no le hacía ninguna ilusión que le pudierais ver en ese estado. Debía resultarle algo así como vergonzoso, o humillante, no lo sé. Y, además, se encontraba terriblemente cansado. Exhausto. Creo que no todo era por culpa de la enfermedad, ¿sabes? Fue tan inesperado como breve. Violento y fulminante. Algo que llevaba cociéndose a fuego lento durante mucho tiempo y que, cuando desbordó, se lo llevó por delante en pocos meses. Sin ninguna posibilidad. No supo reaccionar, ni yo dar con la forma de ayudarlo. A lo mejor es que no la había. Todos pensamos en la muerte, pero pocos saben cómo tratarla.

—Me habría gustado despedirme. Ya sé que parece lo típico, pero es cierto. Es como dejar puertas abiertas... —miré hacia la calle—. Puertas por las que solo entra el frío.

—La idea era tenerlo aquí, de cuerpo presente, esta tarde, para que todos pudierais acompañarlo, pero algo se me atravesó. Me entró una prisa terrible por darle tierra, creo. Necesitaba sacarlo de

casa, no soportaba tenerlo más tiempo echado sobre la cama, con las manos cruzadas sobre el pecho. No recuerdo a mi padre enfermo tumbado en la cama, ¿sabes? Y me dolía verlo demacrado, resumido como una caricatura de sí mismo, reducido a una expresión tan tacaña de lo que fue que temí que acabara por borrar el verdadero recuerdo que de él quiero conservar. No sé si me explico muy bien. Sigo verdaderamente nerviosa, pese a todo. Sabía que llegaría este momento, y me preparé, de verdad, para verlo marchar, para enterrarlo, para el funeral, para despedirme. Para encontrarme contigo.

—Son demasiadas cosas.

Intenté tranquilizarla apretando su mano, pero lo cierto es que solo deseaba acercarme a ella y sentir su tacto. La necesitaba realmente, como si solo Paula pudiera salvarme de aquella triste iglesia vacía que amenazaba con tragarme en su oscuridad para siempre.

—Subieron los de la funeraria y lo enterramos. Mejor dicho, lo metimos en el panteón y lo pusimos al lado de mi madre. Así tendrán tiempo para pasar juntos los dos y conocerse mejor. Espero que sean capaces de llevarse bien. Yo, desde luego, lo ignoro.

—¿Y el cura? ¿Aún no ha venido?

—Rezó un responso en el cementerio y luego se marchó. Es uno nuevo, un hombre aún joven y, además, de la tierra. Se portó muy bien. Me dijo que le pegara un toque cuando estuviéramos todos reunidos, que la hora del funeral era lo de menos. Que no tenía otra cosa que hacer, en una palabra.

—Vaya, un estilo nuevo —dije—. Como quedar a cenar y esperar a que llegue el último antes de sentarnos a la mesa.

—Al Viejo le hubiera gustado mucho el ejemplo. —Paula se apretó contra mí—. Por eso eras tú su preferido.

—Es su funeral, al fin y al cabo. Quizás es eso lo que hace que me sienta inspirado.

—Sigo aturdida. —Paula recogió las piernas bajo el pequeño banco y echó el cuerpo hacia delante, como una niña impaciente a la que la misa se le hace demasiado larga—. Como dije, creí que estaba preparada. Sabía lo que iba a pasar... Lo sabíamos los dos. Desde el mismo día en que le hicieron las primeras pruebas en el hospital, antes incluso de conocer ningún resultado. Es algo que se huele. Nos podíamos haber ahorrado el viaje y el sufrimiento que vino después. No me lo perdonaré nunca. No había tratamiento, solo espera, así que nos tuvimos que conformar con dejar pasar el tiempo de la mejor manera posible. Y tampoco hubo sorpresas. Por eso no sé de dónde salió este vértigo que me ataca continuamente. Me llena de incertidumbre y me hace incapaz de dar un solo paso. No es nada nuevo para mí tener que valerme por mí misma, pero me acabo de dar cuenta de que estoy completamente sola. Así que lo único que esperaba era que llegaras aquí hoy, que estuvieras conmigo. No puedo concebir este momento sin ti. De todas las formas en las que lo imaginé, siempre apareces tú tal y como estás ahora mismo, sentado a mi lado en este banco hecho para niños.

Un coche pasó por delante de la iglesia, dejándonos durante un instante sin la luz que entraba desde la calle. Dio la vuelta al rebasarla y volvió sobre sus pasos para aparcar al lado del mío, guardando el orden. Mi tiempo se terminaba.

—A veces pienso en cómo hubieran sido las cosas si...

—Ahora no, por favor. No es el momento. No estamos aquí por nosotros dos, ¿lo entiendes? Qué más quisiera yo. —Paula se recostó en el banco, que se quejó levemente—. Es por él, solo por él.

Paula se levantó y subió los dos escalones que nos separaban del altar. Uno de los candelabros no estaba en su sitio. Necesitaba

llorar y no quería que yo la viera. Como cuando terminaba el verano y me marchaba a mi casa.

—Vaya. —Benja se restregó bien los zapatos en el suelo antes de cruzar el umbral—. Creí que sería el primero, pero ya veo que me he equivocado.

Estuve con Benja el día anterior. Aunque pueda parecer lo contrario, todos los funerales son repentinos. Quedamos para tomar una cerveza. Tenía ganas de verlo y buscaba, de hecho, encontrarme con alguien que supiera quién era el Viejo; alguien que entendiera, sin necesidad de hacerme preguntas, qué era lo que podía sentir en aquellos momentos. Se nos alargó la cerveza. Teníamos que habernos visto antes porque no nos dio tiempo a nada más que a lamernos las heridas. Y a llegar tarde a casa. Siempre por culpa del Viejo, como dijo Benja. Él, al menos, como me confesó con tristeza al despedirnos, no tenía que dar explicaciones a nadie. Lo único que llegamos a decidir es que cada uno llevaría su coche. Para poder hacer la vuelta sin obligaciones, sobre todo.

—No te quedes en la puerta —dijo Paula—. Trae mala suerte, como hacer equilibrios entre dos mundos.

Benja dio un solo paso, el que le hacía falta para meterse dentro, como si con eso fuera suficiente. Paula bajó del altar y esperó a que él decidiera acercarse. La oscuridad la protegía, aunque no lo suficiente. Yo sabía que intentaba secarse las lágrimas y Benja, según llegaba, también.

—Dios, ¿siempre ha sido tan pequeña esta iglesia? ¿O es que ha ido achicándose desde que no hay misa todos los domingos?

—Eres tú —contesté—, que todavía no has parado de crecer.

Me levanté para saludarlo y esperé a que se sentara, dejando a Paula en el medio. Esa había sido siempre la norma.

—Eres muy gracioso, Rubio —Benja me dio con la mano por detrás de Paula—. Es la ropa. Llevo cientos de chalecos encima. Hace un frío del demonio.

—Viene mal tiempo. —Paula se recostó en el banco, que se quejó levemente.

—Según mi teléfono, puede que caiga algo de nieve, pero no mucha.

—Hazle caso a ella. —Le devolví a Benja el manotazo, molestando también a Paula—. Es la que sabe cómo funcionan aquí las cosas.

Levantamos el tono casi sin darnos cuenta, como en un juego, una broma entre amigos, pero nuestras voces resonaban entre el tejado y las paredes y resultaba un espectáculo completamente fuera de lugar, inapropiado y grosero. Paula cerró los ojos con fuerza y se dejó caer de rodillas sobre el primer escalón. Era todo lo que podía hacer en ese momento para escapar de la estúpida discusión que habíamos comenzado, aunque resultó más que suficiente. El frío y el silencio se dieron la mano en la iglesia para ayudarla a avergonzarnos y hacernos callar.

—Lo siento —Benja fue el primero en reaccionar—. Sé que vengo un poco revolucionado. He entrado como un elefante en una cacharrería y creo que os he interrumpido. Os pido perdón de nuevo, especialmente a ti, Paula. Lo que a ese otro le pueda parecer me trae sin cuidado.

—No tiene importancia. —Paula intentó apartarse el flequillo y mesarse el pelo, pero no lo encontró en su sitio—. Soy yo la que está nerviosa. Bastante nerviosa, de hecho. Impaciente, tensa y no sé cuántas cosas más. Lo mejor es que llame al cura y empecemos con esto cuanto antes.

—Tendría que haber ido a casa en primer lugar —Benja se puso en pie y se estiró la ropa—, para dejar allí mis cosas y echar un

vistazo antes de nada. Tengo humedades, ¿sabéis? Y, por si fuera poco, me ha aparecido una grieta enorme en la fachada, de arriba abajo. Estás preciosa, Paula. Nos vemos luego.

Benja avanzó hacia la puerta con pereza. Arrastraba los pies sobre las losas, sacando un sonido parecido al de las escobas recogiendo la tierra que se colaba en la iglesia desde la bolera. Cruzó la puerta y desapareció tan discretamente como un copo cae sobre el otro. Poco después, el golpe del maletero al cerrarse nos devolvió, a Paula y a mí, al punto de partida. Ella se levantó del escalón y volvió a sentarse en el banco, pero esta vez un poco más alejada de mí, como si hubiera aprendido una pequeña lección. Suspiró profundamente y me sonrió. Yo también tenía mis cosas en el coche. De hecho, siempre tenía cosas en el coche, aunque no supiera exactamente para qué. Hay que avanzar paso a paso, y en orden; en cualquier circunstancia. Pero la cuestión es decidir hacia dónde.

Paula sabía mejor que yo cuánto tiempo llevaba cerrada mi casa. Nos detuvimos los dos al mismo tiempo en medio de la calle. Empezaban a caer algunos copos más, pero todos del mismo tipo, esos cachitos de hielo que desaparecen como los viejos recuerdos se deshacen entre los dedos.

—Tiene que hacer mucho frío ahí dentro —me dijo—. Mejor ven a casa, te he preparado una habitación. Si quieres, claro.

Un coche cruzó por la calle Cimera. Un coche grande pero silencioso. Era el de Samuel. Él sí iba directamente a su casa en primer lugar. Seguramente metería el coche en el garaje, después dejaría sus cosas bien ordenadas y, por último, encendería la calefacción. Paula seguía esperando una decisión.

—Supongo que será lo más sensato —contesté—. No creo, además, que nadie vaya a escandalizarse, ¿verdad?

—Solo si tú crees que estás haciendo algo malo. ¿Lo haces, Maxim?

Era extraño llegar a casa del Viejo y no verlo desde lejos sentado a la puerta, flanqueado por los dos perrazos que al sentirme se levantaban a ladrar con desgana antes de volver a tumbarse a su lado. Sostenía un pitillo entre los dedos o aún se lo estaba liando con paciencia, y pasaba el rato con cualquier cosa, cosas sencillas, pasatiempos, aunque no siempre tuvieran mucho sentido, como tallar una vara de avellano, afilar el hacha o darles miles de vueltas a los recuerdos. El Viejo también me oía llegar, como los perrazos, y me saludaba desde lejos sin levantar la vista de los que estuviera haciendo.

La tele no se prende, ¿estamos, Rubio? Y, cuando oscurezca, acompañas a Paula de vuelta a casa, como un caballero, que es lo que tú eres. Ella todavía tiene cosas que hacer aquí, ¿sabes? No está de vacaciones, como otros.

Entonces sí que se levantaba y me esperaba delante de la puerta, que dejaba entreabierta, para arrearme un puñetazo en el brazo. Uno de broma, por supuesto, pero que me sacaba del sitio.

—Me corté el pelo durante el último ingreso del Viejo en León —Paula se acercó a mí para no levantar la voz—. Una tarde lo dejé solo en la cama del hospital, mientras dormía. Tenía que haberlo hecho antes. Salir de allí y cometer una locura. Hubiera estado bien coger una buena, pero no hubiera servido de nada al día siguiente. Volví muy contenta, ya ves qué tontería. Tardó en darse cuenta el hombre, pero creo que le gustó, aunque, eso sí, no me dijo una palabra sobre el tema.

Todos sus bastones seguían detrás de la puerta, metidos en un paragüero. Sobre ellos, colgados de un perchero, cientos de sombreros, gorras y viejas prendas de abrigo. Paula no había retirado aún nada. A lo mejor nunca lo haría. La puerta del dormitorio que habían preparado abajo estaba cerrada. Era la habitación que usó el Viejo hasta su muerte. No lo imaginaba subiendo y bajando las

escaleras. Abajo, además, la temperatura siempre era mejor. En todas las casas, al menos durante el invierno. También en la del Viejo.

Paula tenía el fuego encendido y olía a café recién hecho. Yo, sin embargo, me moría por una cerveza. Un botellín bien frío. Y, después, seguramente otro. Era muy curioso. No sentía la presencia del Viejo dentro de la casa tal como la había sentido fuera. Era capaz de verlo en cualquier rincón del pueblo, subiendo o bajando con las manos a la espalda, apoyado en un muro vigilando el monte con unos prismáticos o fumando un pitillo a la sombra delante de la iglesia, pero no dentro de su casa. Nunca fue su terreno. Como si allí no tuviera nada propio, como si para él solo fuera una especie de museo y Paula, su hija, la encargada de mantenerlo tal y como se lo había encontrado.

Me senté en un extremo del escaño, cerca de la lumbre, y Paula rodeó la mesa para sentarse en el otro, al lado de la pared. Buscaba en su teléfono, supongo, el número del cura, porque era evidente que ella no miraba el tiempo. Encima de la mesa me había dejado un botellín de cerveza sin que yo me diera cuenta hasta ese momento.

—¿Puedo fumar? —pregunté.

—Si me das un cigarrillo a mí también.

—Solo fumo cuando vengo al pueblo.

—Y yo solo fumo cuando estoy contigo.

Había comprado una cajetilla de camino, en la máquina de la gasolinera de Cistierna. Y un mechero. Pero cogí las cerillas que Paula tenía sobre la trébede. Ella sostenía el cigarrillo entre los dedos, pero seguía absorta en el teléfono. Quizás le servía simplemente con sentirlo en la mano.

—¿Don Rubén? Sí, soy Paula. Puede usted subir cuando quiera. Creo que ya estamos todos... De todas formas, no quiero que se nos haga demasiado tarde. Lo esperamos, claro.

Me bebí casi toda la cerveza de un trago y me acerqué con una cerilla para encender el pitillo de Paula. Ella puso sus manos sobre la mía, aunque allí dentro no hacía ninguna falta.

—Aún falta el Gallo —dije—, y también Rueda. A Gelo la verdad es que no lo espero, y creo que tú tampoco.

—Hay que presionar un poco para que sucedan las cosas. El Gallo aparecerá de un momento a otro, aunque, eso sí, lo hará el último, cuando esté seguro de acaparar la atención de todo el mundo. Y Rueda... creo que está metido en su casa desde hace días.

Paula se levantó a dejar el teléfono cargando sobre el fogón. Siempre lo dejaba así, enchufado, y nunca tenía batería suficiente. Era demasiado viejo. La hice sitio y se quedó sentada a mi lado. Nunca se acostumbra uno lo suficiente al calor del fuego, aunque sea algo que tenga cada día.

—¿Cómo está Sara?

—Sara está bien, gracias.

—¿Y el crío?

—Va a hacer dieciséis.

—Sigue siendo un niño.

—Lo mismo dice su madre —me terminé lo que quedaba en el botellín—. Si pienso en lo que hacía yo a sus años...

—Tú también eras un niño —replicó Paula—, solo que no querías admitirlo.

—Esa será la diferencia entre los dos —me quedé mirando la botella vacía—. Y que Sara está todo el día encima de él mientras que mi madre me ignoraba completamente.

—Eso es porque Sara sabe de qué pasta está hecho su hijo, y no quiere disgustos.

Paula se levantó y me trajo otro botellín. Sin preguntarme, para no ponerme en un aprieto. Estaba empezando a olvidarse del Viejo. Probablemente era la primera vez que le sucedía en semanas,

o meses. Demasiado tiempo, en cualquier caso. La veía más aliviada. Le cambiaba incluso el color de la cara y sus movimientos se hacían más amables mientras se volvía atenta y receptiva. No eran tan distintas Sara y ella. Cuando coincidían, se evitaban con toda la prudencia que eran capaces de mostrar. Pero no se caían mal, en todo caso. Eso resultaba lo más sorprendente. Hubieran podido ser buenas amigas las dos. Les hubiera gustado serlo, de hecho. Pero supongo que eso era algo más bien imposible. Cada una vivía a un lado del muro que yo representaba.

—¿Cómo es?

—¿El qué?

—Ser padre, caramba. ¿De qué estábamos hablando?

Apuré el cigarrillo y lo eché al fuego. El Viejo odiaba que tirara nada a la lumbre, y menos aún una colilla. Decía que el filtro se convertía en una goma que se pegaba a la piedra y al tiro, de donde ya no se podía sacar.

—Creo que todavía no lo sé —contesté—. Pese a todo el tiempo que ha pasado, no consigo acostumbrarme... No pongas esa cara, es la verdad. Siento como si todo fuera provisional. Por un tiempo, una semana como mucho, y que una vez pasado el trago pudiera olvidarme por completo y seguir a mi aire, con mis cosas y mi vida, mi rutina. Pero no es así, por supuesto. Tengo que estar mirando continuamente hacia atrás, a ver qué hace, si me sigue, si se para, si se pierde, si se cae... Yo qué sé.

—¿Sabes que el Viejo compró un piso en León? En la calle Padre Isla, un ático con una terraza preciosa. Se puede ver toda la ciudad. El caso es que no tenía la más remota idea. Lo hizo todo a escondidas, y yo me acabo de enterar mirando sus cosas. Al parecer, él también tenía un plan, por si acaso.

—Pero no se movió del pueblo.

—Más que para ingresar en el hospital, y tampoco quería ir. Tuve que obligarlo. Perdemos el tiempo, me decía, y tenía toda la razón. El tiempo que ya no teníamos, además. No queda nadie en el pueblo, ¿sabes? Él era el último, en la última casa abierta, la que está más arriba. La última luz y el último fuego.

—¿Y tú?

—No quiero seguir con esto. Ni puedo. Venderé lo que me queda, que es más bien poco. Un par de caballos viejos y las gallinas, si es que consigo encontrar a alguien a quien le interese. Si no, veré lo que hago con ellos. A lo mejor también tengo que esperar a que se mueran. Algo se me ocurrirá. Tengo un poco ahorrado, no demasiado... Todavía no sé el qué, pero algo haré.

—¿Sola?

—¿Estás seguro de que quieres preguntar eso?

Paula se volvió a atizar el fuego, buscando la colilla de mi cigarro, por si podía sacarla de allí. Aún nos quedaba un poco de tiempo. Unos veinte minutos, calculé. Quizás un poco más, depende de cómo condujera el cura. El camino estaba limpio, al menos de momento. Y tendría prisa el hombre, seguramente, antes de que se pusiera a enfriar y los copos que caían en ese momento sin demasiada gracia helaran de noche en la carretera.

Ya no había televisión en la casa del Viejo. Paula se deshizo de ella cuando todo el mundo tuvo una en su casa. La señal, de todas formas, no terminaba de ser todo lo buena que debiera. Un trasto menos. La cocina de Paula, de hecho, podía haber sido perfectamente la cocina de Sara, solo que en esta aún se encendía el fuego.

—Dejaré tus cosas arriba, en la habitación de mi padre. Espero que no te resulte un problema. Él, de todas formas, murió aquí abajo.

De todas las infinitas veces que entré en la casa del Viejo, solo subí arriba en una ocasión. Eran ya muchísimos años de aquello,

pero lo recordaba mejor que todo lo que había hecho esa misma mañana.

—Gracias, estaré bien en cualquier sitio —contesté, mirando al techo.

—Hay más luz que aquí abajo. Te encantará.

Paula no me pidió que la acompañara, así que me encendí otro cigarrillo. Me quedaría pronto sin tabaco si seguía a ese ritmo. También tenía que llamar, y aquel parecía un buen momento, aunque en aquella casa, como en todas las demás, las palabras se colaban entre las rendijas de la madera y todo se podía escuchar si uno ponía el suficiente interés.

Saltó el contestador y colgué. No me gusta dejar nada grabado. Es como una súplica. Además, siempre me sale un tono raro, artificial. Inapropiado, en cualquier caso. Probé de nuevo por si acaso, una segunda oportunidad, pero no me dio ningún tipo de señal. Paula ya bajaba. Lo tenía todo preparado. Tan solo había subido a dejar mis cosas sobre la cama.

—¿Las personas cierran los ojos al morir?

—No lo sé... No tengo la menor la idea.

—Mi padre no —continuó Paula—. Mi padre los dejó abiertos. Yo intenté cerrarle los párpados, pero estaban rígidos y temí hacerle daño. Ya sé que es imposible, pero pensaba que, menuda tontería, podía rompérselos si estiraba demasiado. Al final tuve que taparle la cara. No era capaz de seguir viéndolo con los ojos abiertos.

Paula dejó entreabierta la puerta de la cocina. También había pasado por la habitación de abajo, quizás para coger una manta o una luz que dejarme sobre la mesilla. Era una habitación sombría, con tan solo un ventanuco que daba a la parte de atrás, a la peña, a una empinada loma de pizarra convertida en arena por la que dejábamos arrastrar el culo cuando éramos niños y donde solo crecía